

Gustavo Verduzco Igartúa*

**TRAYECTORIAS LABORALES DEL
PROLETARIADO RURAL:
ESTUDIO DE CASO EN UNA ZONA DEL
CENTRO DE MÉXICO****

EN ESTE TRABAJO se presentarán informaciones sobre algunas de las características de las trayectorias laborales de los habitantes rurales de una región del centro de México. La importancia del mismo puede destacarse a partir de dos consideraciones: por un lado, porque llevamos mucho tiempo en México con escasos productos de investigación sobre el sector rural, tema del que mucho se escribió en otros años pero del que actualmente se conoce menos. En este sentido, las informaciones que se presentarán servirán también para proyectar una imagen quizá distinta a la que prevalece en nuestras mentes urbanas sobre un sector rural que, por lo común, se considera como una realidad relativamente estática, homogénea y enmarcada más en realidades del pasado que del presente. En segundo lugar, tantos años de crisis económicas, desde la que inició fuertemente en 1982, nos han llevado a enfocar nuestras con-

* Centro de Estudios Sociológicos, El Colegio de México.

** Agradezco la colaboración, en primer lugar, de Alfonso Castillo y Cecilia López, con quienes compartí el desarrollo del proyecto de investigación desde el inicio. Agradezco también a Christian Muñoz su apoyo en varias actividades; y a Arturo Yamasaki y a Jorge Patiño por su trabajo de coordinación en la aplicación de la encuesta. Una versión de este trabajo se ha publicado en El Colegio de México en el libro: *Cambio estructural y movilidad social en México*, coordinado por Fernando Cortés, Agustín Escobar y Patricio Solís, México DF, 2007.

sideraciones bajo los supuestos, a veces no explícitos, de que esas crisis han tenido impactos similares a lo largo del espacio nacional, como si los territorios tuvieran que mostrar unas dinámicas casi únicas a pesar de sus grandes diferencias. A menudo, nos olvidamos de que no en vano el análisis regional, como una subdisciplina de estudio, nos ha llevado a cuestionar el débil optimismo de nuestro conocimiento a partir de las grandes visiones nacionales. Asimismo y, en este sentido una vez más, la orientación a casos particulares restringidos a pequeñas regiones o comunidades reafirma su importancia, pues permite profundizar en aspectos de la problemática que no pueden ser observados a partir de datos agregados o de encuestas planeadas para una escala nacional.

Como se verá, la dinámica socioeconómica de cierta intensidad que se revela en una región del México central deja entrever aspectos importantes de las diferencias territoriales ante impactos globales semejantes, como han sido los procesos de apertura y de reestructuración económica que tuvieron lugar en el país a lo largo de las últimas dos décadas.

Desde el punto de vista de los procesos socioeconómicos más amplios, es bien sabido que la reestructuración económica fue transformando las diversas instituciones que estaban relacionadas con el sector rural, comenzando con el generoso sistema crediticio que, aunque beneficiaba quizá más a sus funcionarios, ayudaba a mantener un statu quo dudosamente productivo pero jugoso en términos políticos.

Por ello, aunque de manera breve, en los párrafos que siguen expondré rápidamente algunos de los rasgos de los cambios que tuvieron lugar desde el ámbito de las políticas gubernamentales orientadas hacia el campo. Más adelante, presentaré también algunas informaciones y datos que nos permitirán conocer las características del desarrollo regional de la zona que nos ocupa, teniendo como telón de fondo el conjunto de procesos socioeconómicos más generales que sabemos que tuvieron ocurrencia en el país durante las últimas décadas. Este preámbulo será útil para preparar el objetivo central del trabajo que es la posibilidad de interpretar el significado de las trayectorias laborales de los habitantes de una pequeña región desde el punto de vista del proceso de movilidad social, examinada a partir de algunos indicadores básicos; de ahí que resulta indispensable poder ubicar los posibles alcances de este proceso en el marco específico de las transformaciones regionales más amplias, puesto que se trata del escenario concreto donde los actores sociales han podido desarrollarse. Las personas de quienes recibimos la información directa son hombres y mujeres de distintas edades que han adaptado sus decisiones según se han ido presentando los hechos y las diversas circunstancias de su entorno.

El cuestionario se planeó bajo inspiración de la técnica de las historias de vida, que fue utilizada por primera vez en México en el

clásico estudio sobre Monterrey realizado a finales de los años sesenta por Balán, Browning y Jelín (1973). Años después, De Oliveira, Muñoz y Stern (1977) realizaron un estudio semejante en la Ciudad de México y, un poco más tarde, realicé otro estudio parecido en la ciudad de Zamora, Michoacán (Verduzco Igartúa, 1992).

La técnica de las historias de vida, como se sabe, es muy útil para captar aspectos diversos que tienen que ver no sólo con los cambios laborales de los entrevistados, sino también con otros tipos de transformaciones que han experimentado a través de sus vidas, como la construcción de activos diversos.

El análisis generacional y por cohortes de edad nos permite aprehender algunos aspectos de las características del cambio social y económico que ha tenido lugar en los contextos más amplios –el país o la región–, según se reflejan en las trayectorias de vida de las personas entrevistadas. La consideración de este tipo de eventos (la influencia de los cambios más amplios en las vidas de las personas entrevistadas) constituye un punto central para el análisis del cambio estructural.

Por razones de espacio, he decidido presentar aquí una versión corta de las informaciones, de tal manera que sólo expondré aquellos aspectos que permitan entrever de manera resumida el alcance de algunos de los cambios observados.

CAMBIOS Y VICISITUDES DE LA POLÍTICA AGROPECUARIA

La política agropecuaria comenzó a verse mucho más limitada a partir de los últimos años del gobierno del presidente De la Madrid (quien estuvo en el poder entre 1982 y 1988), en acuerdo con los programas de estabilización y ajuste. De 1986 en adelante, se juntaron varios malos años agrícolas y una situación de descapitalización generalizada, junto con una política de precios negativa para el sector, aunada a una política comercial y monetaria adversa. Entre 1987 y 1989, la tasa de crecimiento del PIB sectorial fue negativa. La producción de los principales alimentos (frijol, maíz, arroz y trigo) disminuyó de 19,6 millones de toneladas en 1981 a 16 millones de toneladas en 1989, con lo que se afectó la disponibilidad de alimentos para la población. Por ello, las importaciones tuvieron que ir en aumento. En promedio, se importó un 24% de la demanda total de básicos en esos dos años, pero los requerimientos de importación fueron en aumento desde 1986. En términos prácticos, se tomaron diversas medidas: en primer lugar, se procedió a reestructurar la situación crediticia hasta llegar casi a igualar el costo porcentual promedio del dinero, por lo que esta se volvió inútil. Por otra parte, aunque paulatinamente se fueron liberando los precios para asemejarlos a los internacionales, se mantuvo el tope de precios en el maíz y frijol; asimismo, se dio un conjunto de decisiones erráticas que

causaron desconcierto y desaliento entre muchos productores, ya que, mientras, por un lado, se impulsó el cultivo de algún producto (por ejemplo, el sorgo), por el otro, se abrió la importación del mismo grano al momento de la cosecha, provocando, de este modo, problemas serios para su comercialización. Las repercusiones de estas medidas se reflejaron en que, por ejemplo, para el ciclo de primavera-verano de 1990, el 70% de los clientes del Banco de Crédito Rural se encontró con una cartera vencida y dejó de ser sujeto de crédito.

Con la llegada al poder del presidente Salinas, se planteó una estrategia global para el desarrollo del sector agropecuario llamado Programa Integral de Modernización del Campo.

El criterio central fue el de diferenciar a los productores dependiendo de sus ingresos y de su potencial productivo. Para ello, se redefinieron, además, las funciones de las diversas instituciones del sector financiero rural. Asimismo, se procedió a tipificar a los diversos productores en las siguientes categorías: productores de zonas marginadas, productores con potencial productivo y productores que actúan dentro de la agricultura comercial.

La banca comercial (reprivatizada a partir de 1991), junto con Fideicomisos Instituidos en Relación con la Agricultura (FIRA) y el Banco de Comercio Exterior, daría su apoyo a los diversos tipos de empresarios agrícolas de altos ingresos, mientras que el Banco de Crédito Rural (la institución oficial de gobierno para apoyar la agricultura) se orientaría al apoyo de los productores de bajos ingresos pero con potencial productivo. Estos productores tendrían acceso a financiamiento con tasas preferenciales y serían quienes podrían ser capaces de producir algunos excedentes de granos básicos.

Por otra parte, los campesinados más pobres estuvieron, hasta 1993, recibiendo atención a través del Programa Nacional de Solidaridad (Pronasol). Este programa contaba con dos tipos de apoyos: los productivos y los sociales. Podían solicitar apoyo crediticio para cultivar aquellos productores que se hubieran encontrado en cartera vencida con el Banco de Crédito Rural, en el año previo. Cada productor podía recibir cada año aproximadamente el equivalente a un salario mínimo mensual por hectárea (110 dólares) para la producción de maíz y frijol. Por otra parte, los jornaleros y, en general, el proletariado rural recibían apoyo a través del programa social del Pronasol. En este caso, se trataba de impulsar pequeños proyectos productivos (apoyo a la microindustria), así como de asistencia social (a través de programas nutricionales, educativos y de vivienda).

El breve resumen anterior deja ver claramente la orientación práctica que el gobierno le estuvo otorgando al campo mexicano a partir de los criterios que la banca internacional y el Fondo Monetario In-

ternacional (FMI) le habían marcado. Se trataba de una estrategia que, dentro del conjunto de los nuevos planes económicos neoliberales, se consideró adecuada para amortiguar la crisis del sector agropecuario. En este sentido, sin embargo, los planes salinistas consolidaron un conjunto de prácticas que ya se venían dando en aquellos años (Appendini et al., 1995). Más adelante, los programas hacia el campo no cambiaron sustancialmente. El Pronasol se transformó, con Zedillo, en el programa llamado Progresas, para después pasar al de Oportunidades, durante el gobierno del presidente Fox. En todos estos casos, se ha tratado de una estrategia de corte asistencialista para apoyar a los más pobres del campo con ampliación hacia los pobres urbanos. Por otra parte, continuó también el Procampo, en apoyo a los productores maiceros, y se reestructuró el sistema financiero a través de un remozamiento institucional que pasó a denominarse Financiera Rural, sin que este nuevo apoyo hubiera implicado una orientación diversa de la estrategia productiva claramente indicada desde los tiempos de Salinas y que favorece al sector rural de mayores recursos productivos.

Sin duda alguna, se han logrado al menos tres objetivos: por un lado, en la medida en que los programas Pronasol, Progresas y Oportunidades hayan sido eficientes, millones de familias rurales (y luego también las urbanas) han estado recibiendo ciertos beneficios económicos mínimos junto con un paquete sanitario y educativo, también mínimo; en segundo término, los pequeños y grandes productores maiceros se han visto estimulados para la producción de un grano básico, a pesar de la competencia del maíz de nuestros socios norteamericanos. Por último, aquellos miles de productores con poca tierra y recursos escasos, que por tal motivo no pueden ser competitivos en otros cultivos alternativos en las circunstancias actuales, se han visto presionados para vender sus terrenos o para alquilarlos a quienes sí cuentan con los recursos. En este sentido, recordardemos que los cambios al artículo 27 de la Constitución permiten, desde hace más de una década, la venta de las parcelas ejidales.

De lo anterior puede concluirse que, con excepción de los pocos medianos y grandes productores agropecuarios que a lo largo de los años hayan logrado ser competitivos, además de haberse podido librar de los ahogos financieros, la situación de los últimos años siguió siendo desfavorable para el conjunto de los habitantes rurales del país, más aún después del retiro del fuerte gasto que el gobierno le asignaba al campo todavía a mediados de los ochenta. Actualmente, a lo más, se amortigua la pobreza de millones de hogares con los apoyos mínimos de Oportunidades y de Procampo.

De ahí que las grandes tendencias sociodemográficas que se desarrollaron en otros lustros continuaron su curso aceleradamente

siguiendo las dinámicas impuestas por la urbanización, así como por la apertura al exterior materializada de manera más clara por el Tratado de Libre Comercio de América del Norte. Las demandas del sector urbano mexicano siguieron absorbiendo a la fuerza de trabajo rural excedente (Chávez Galindo, 1999), mientras que, por otra parte, el dinamismo de la economía estadounidense continuó demandando con intensidad una mano de obra barata de baja calificación. El resultado ha sido de un reforzamiento de la expulsión del campo a las ciudades mexicanas, así como un crecimiento de la emigración a los Estados Unidos proveniente, en gran medida, de las zonas rurales, sólo que actualmente están implicadas casi todas las regiones del país, mientras que hace veinte años se restringía el monto anual de los migrantes así como el de sus zonas de origen a sólo ciertas áreas del país (Hernández-León y Zúñiga, 2005; Durand y Massey, 2003; Verduzco Igartúa, 2003).

La visión anterior resume un conjunto de procesos que han estado impactando los modos de vida de los habitantes de las zonas rurales mexicanas y que, como se mencionó, nos ayudarán a comprender el significado de las trayectorias laborales de los miembros de los hogares rurales objeto de esta presentación.

EL CONTEXTO SOCIOECONÓMICO DE LA ZONA DE ESTUDIO

A continuación, se presentarán algunos resultados de investigación a partir de una muestra de 31 localidades menores en los municipios de Tequisquiapan, Ezequiel Montes, San Juan del Río y Cadereyta, en la región central del estado de Querétaro. Casi la totalidad de las localidades poseía menos de 1.500 habitantes en el año 2000 y ninguna excedía los 2.500. Se obtuvo una muestra al azar representativa, estadísticamente hablando, de todos los hogares de esas localidades a principios del año 2002. Se levantaron en total 756 encuestas cuyas respuestas son el ingrediente principal que aquí se ofrece.

La selección de la zona de estudio tuvo que ver con dos circunstancias. La primera, por tratarse de una zona rural muy próxima a centros urbanos que habían experimentado un proceso de industrialización tardío y rápido, cuya dinámica había servido también para impulsar un cierto proceso de desconcentración de la Ciudad de México. Esos centros urbanos son, en primer lugar, la ciudad de Querétaro y, en segundo, la ciudad de San Juan del Río, más cercana a los lugares del estudio. De esa zona en particular, se ha hablado en la literatura urbana y regional como aquella que se ha dinamizado a partir del impulso de polos de desarrollo promovidos parcialmente por los gobiernos estatal y federal (Garza Villarreal, 1980). Uno de los objetivos de este estudio era el de conocer las repercusiones de esos cambios regionales en las trayectorias laborales y de bienestar de los hogares de las localidades menores, las que, por

lo general, son consideradas como más apegadas a las actividades agropecuarias; de ahí que continuando la tendencia que han seguido muchos pueblos, una hipótesis común a estos lugares en México sería que las crisis de la agricultura junto con la escasez de demanda laboral hubieran promovido un proceso amplio de emigración de una buena parte de la población, precisamente, hacia esos nuevos polos de desarrollo: San Juan del Río y la ciudad de Querétaro. Pero sería factible encontrar también importantes flujos temporales de migrantes laborales quienes, por estar en la zona central del país, podrían incluir también como destino a la zona metropolitana de la Ciudad de México. Además, por la ampliación tan clara de los flujos de migración a los EE.UU. a lo largo de todo el país, especialmente durante las últimas décadas, seguramente encontraríamos muestras claras de este fenómeno en las historias laborales de los habitantes de esta pequeña región. Asimismo, por tratarse de una zona rural donde han prevalecido las actividades agropecuarias, encontraríamos sobre todo hogares con varios tipos de campesinados, aunque mayormente inmersos en una situación de proletarianización como ha sido común en el país desde hace ya muchas décadas.

Pero antes de abordar directamente los resultados de la encuesta, convendrá echar primero una mirada a algunos indicadores básicos que ayudarán a ubicar algunos aspectos de la dinámica económica y demográfica que ha tenido lugar en aquella zona del país.

El estado de Querétaro es una entidad que, aunque en la actualidad tiene una ciudad capital de tamaño mediano con cambios socioeconómicos intensos que llevan a pensar en un desarrollo positivo, en el interior presenta algunas poblaciones que apenas son de relativa importancia para sus pequeñas regiones de abasto. En general, el estado en su conjunto sería considerado más bien como pobre si no fuera por la localización estratégica de su capital a la entrada de una amplia planicie (el Bajío), rica en tierras y productos desde los tiempos coloniales.

Por otra parte, San Juan del Río, la segunda ciudad estatal y muy próxima a nuestra zona de estudio, ha podido sacar provecho de su localización a un lado de la carretera federal que conduce a la Ciudad de México, así como por estar a la entrada de una planicie fértil y bien irrigada. Por ese motivo, históricamente se ha destacado como una población de importancia por ser cabeza de una zona agrícola rica. Además, en las últimas décadas, ha participado parcialmente del desarrollo industrial que conjuntamente se había iniciado en la ciudad capital.

En la escala estatal, la ciudad de Querétaro concentra las mayores cifras en población, sectores de actividad económica y valor agregado; San Juan del Río le sigue, es cierto, pero muy lejos, a pesar de mostrarse también como una ciudad dinámica; este es un asunto del que volveremos a hablar más adelante.

A partir de los años setenta, las ciudades de Querétaro y, en menor medida, San Juan del Río comenzaron a crecer con un empuje mayor al del conjunto de las ciudades del país. Se debió, indudablemente, a su localización geográfica junto con la instrumentación de proyectos específicos para impulsar la industria.

Desde ese momento, particularmente la ciudad de Querétaro ha aumentado su población, atrayendo gente del interior del estado como de otros territorios cercanos y de la zona metropolitana de la Ciudad de México. Algo similar ocurrió con San Juan, aunque a una escala mucho menor. Entre 1970 y 2000, la ciudad de Querétaro creció a una tasa del 3,7% anual y San Juan, del 3,5%, cifras muy por encima del conjunto del país así como de otras ciudades mexicanas para esos mismos años. Al año 2000, los municipios conurbados que forman la ciudad de Querétaro contaban con 715.994 habitantes y San Juan del Río con 99.483 (INEGI, 2000b).

Entre 1970 y 2000, el estado pasó a urbanizarse. De tener al 64% de su población en localidades menores a los 2.500 habitantes, en el año 2000 sólo tenía en esa categoría a un 32%; en contrapartida, la mitad de la población queretana vivía ya en localidades de más de 15 mil habitantes (INEGI, 2000b).

En términos productivos, el peso de la actividad agropecuaria bajó fuertemente. De tener una participación del 18% en 1970, pasó a sólo el 3% en el año 2000, de manera parecida al resto del país para ese mismo período. Por otra parte, aunque el estado de Querétaro entró tardíamente al proceso industrial moderno, apenas en los años sesenta, las industrias, especialmente de alimentos, metalmecánica y química, se instalaron con mucho éxito sobre todo en la ciudad capital, pero también con participación en San Juan del Río. Como muestra, podemos observar que el PIB estatal ha ido a contrapelo del nacional, ya que, por ejemplo, entre 1993 y 2003, la tasa media de crecimiento anual fue del 5%, mientras que la del país apenas alcanzó a llegar al 2,7%. El PIB manufacturero estatal, por otra parte, ha sido del 5,8% mientras que el del país fue del 2,8% para ese mismo período (INEGI, Banco de Información Económica, 1993-2003). En términos generales y con las limitaciones del caso, podemos afirmar que en esos años le ha ido mejor a Querétaro que al país.

La región de estudio que comprende parte de los municipios de San Juan del Río, Ezequiel Montes, Cadereyta y todo el entorno rural del municipio de Tequisquiapan posee, en general, una situación de urbanización relativamente alta, ya que San Juan y Tequisquiapan se encuentran entre el 20% de los municipios del país con mejores niveles de urbanización. Sin embargo, Ezequiel Montes pero sobre todo Cadereyta tienen niveles más bien bajos. En este sentido, la región ofrece un cuadro de cierta heterogeneidad, al menos visto desde esta perspectiva general.

En cuanto a la actividad económica, San Juan y Tequisquiapan se encuentran entre el 13% de los municipios del país con la menor proporción de la población ocupada en el sector primario; están entre el 7% de los municipios del país con mayores proporciones de la población ocupada en el sector secundario y entre el 28% de los municipios con más proporción de población ocupada en el terciario (INEGI, 2000a).

Por otro lado, en el conjunto de variables de ocupación, como es la proporción de la Población Económicamente Activa (PEA), de la población ocupada y, en términos relativos, de la PEA femenina, la región entera sobresale entre el 18% de los municipios del país. Entre 1990 y el año 2000, la tasa de ocupación del país creció apenas un 3,6% anual, mientras que la del estado de Querétaro fue del 5,2% y la de la región de estudio, del 5,0%.

Bajo los indicadores anteriores, la región ofrece una situación excepcional que no es privativa del municipio de San Juan del Río, como podría inferirse, sino que, con algunas variaciones, se observa también en los otros tres municipios (para complementar la visión de la zona a partir de varios indicadores puede consultarse el Anexo 2).

Como se puede observar en los cuadros del anexo referido, las tasas específicas de ocupación por sexo para el conjunto del estado de Querétaro y para la región de estudio (los cuatro municipios) van siguiendo una misma tendencia con variaciones menores. Entre 1970 y el año 2000, las tasas generales de ocupación se incrementaron de casi el 44 al 49% para el estado, y de casi el 44 a casi el 50% para la región. En el caso de la mujeres, las tasas de ocupación pasaron del 14,7% para el conjunto del estado de Querétaro en 1970, al 32,1% en el año 2000. Para la región, subieron del 12,2 al 32,3% en el mismo período. En los datos del anexo, también pueden observarse las variaciones de la población ocupada de acuerdo con los sectores de la actividad económica, con sus diferencias entre el conjunto del estado, la región de estudio y cada uno de los municipios. Los incrementos en la manufactura, el comercio, el transporte y los servicios son una constante del estado, la región como conjunto y cada uno de los municipios de la misma, a la vez que se reflejan las variaciones locales. Por otra parte, como se mencionaba, se observa también la fuerte baja del empleo en la agricultura a lo largo de esos años.

Bajo los indicadores anteriores, es claro que tanto el estado de Querétaro como la región de estudio han mostrado cambios positivos importantes a lo largo de las últimas décadas. Por otra parte, las informaciones previas también guardan coherencia con las informaciones que obtuvimos a través de las entrevistas con informantes clave de la zona. Aparte de lo que se percibe a través de los datos estadísticos, son muchos los cambios reportados por ellos. En primer lugar, en la pe-

queña ciudad de Tequisquiapan y sus alrededores se han desarrollado importantes conjuntos habitacionales y hoteles para los turistas de fin de semana quienes, en su mayoría, proceden de la Ciudad de México; estas son actividades que se ampliaron fuertemente durante las últimas décadas, de ahí que muchos de los nuevos empleos hayan tenido lugar en las actividades de la construcción, los servicios diversos (inmobiliarios, de servicio doméstico, jardinería, etc.), así como en el comercio y el transporte. Asimismo, la empresa de producción de pollo Pilgrim's Pride reestructuró a la empresa antecesora, propiedad de empresarios queretanos, y continuó en la región con una nueva organización y forma productiva, a la vez que con un cierto proceso de expansión que contribuyó, más que a la ampliación del empleo directo, a una cierta demanda de servicios diversos de apoyo veterinario y alimentación, a la vez que de transporte.

Por otra parte, en el proceso de reestructuración agropecuaria que se extendió en la zona, pasaron a privilegiarse los granos forrajeros y la producción de alfalfa, con lo que se redinamizaron las actividades de engorda de ganado y de producción de leche, sobre todo en el municipio vecino de Ezequiel Montes. Asimismo, muchos pequeños talleres de ropa comenzaron a maquilar diferentes tipos de vestimentas, a partir de empresas estadounidenses con casas de enlace en Guadalajara. Estos talleres se localizaron en los pequeños pueblos de la zona.

Al tiempo de la realización del trabajo de campo, era usual que los autobuses de transporte de personal de las empresas mayores de San Juan del Río tuvieran rutas precisas para recoger y dejar a los trabajadores en los pueblos de los cuatro municipios.

CRECIMIENTO Y TAMAÑO DE LAS LOCALIDADES DE LA ZONA DE ESTUDIO

Entre 1970 y 2000, se produjeron también cambios muy definidos en la distribución territorial de la población. Las transformaciones económicas relacionadas con las variaciones de la agricultura, la industria y los servicios, el proceso de urbanización y el desarrollo de las comunicaciones son factores que empujaron a un profundo reordenamiento territorial de la población.

Al explorar el ritmo de crecimiento según el tamaño de las localidades, se observa que aquellas con menos de 500 habitantes han tenido un crecimiento poblacional bajo, mientras que las que poseen de 501 a 1.500 habitantes han tenido un crecimiento acelerado. Se trata, en buena medida, de trasposos de población de unas localidades a otras dentro de los mismos municipios, a partir de ciertas ventajas relativas de localización por situarse, algunas de ellas, sobre caminos de cierta importancia.

Pero los cambios en la dimensión de las localidades reflejan transformaciones sociales y económicas más profundas: la evolución de los mercados regionales de trabajo, las modificaciones económicas sectoriales y el desarrollo de los medios de transporte son factores determinantes de la distribución territorial de la población y de los procesos que empujaron a una mayor concentración relativa de la misma. Para discriminar algunas de las tendencias, buscamos relacionar el ritmo de crecimiento de la población en las localidades y el ritmo de cambio de la PEA ocupada en el sector primario en los mismos lugares. A continuación, se presenta brevemente un perfil de los cambios más importantes en ese sentido:

- Todas las comunidades de esos cuatro municipios experimentaron un proceso de cambio que combinó la disminución absoluta del empleo en el sector primario y el crecimiento del empleo en la industria, el comercio y los servicios. Las diferencias más importantes entre las localidades de la zona tienen que ver con la intensidad con que se presentaron los cambios. Las localidades donde la disminución del empleo primario ha sido más lenta son las que presentaron menores tasas de crecimiento de la población y las de menor tamaño medio. El mercado de trabajo en estas localidades aún mantuvo fuertes vínculos con el sector primario. Esta relación se ha convertido en una barrera que ha limitado el crecimiento demográfico.
- Las comunidades que han combinado una acelerada disminución del empleo en las actividades primarias y un aumento del empleo en la industria, el comercio y los servicios, por el contrario, son las que presentaron las tasas de crecimiento demográfico más altas y, consecuentemente, un mayor tamaño medio.
- Los cambios en la estructura sectorial del empleo se originaron en dos fenómenos convergentes. El primero estuvo ligado con la crisis económica y social que afectó a la agricultura y la ganadería, cuyas principales manifestaciones fueron la descapitalización, los bajos rendimientos, la ausencia de economías de escala, la escasa rentabilidad y la alta exposición a riesgos. Estos factores forzaron a una disminución notable de la demanda de trabajo de la agricultura y la ganadería, a pesar de los cambios que se introdujeron en el proceso de reestructuración. El segundo fenómeno estuvo relacionado con la expansión de la demanda de trabajo en la industria, los servicios y el comercio en los principales centros urbanos de la región e, incluso, se ha extendido a

localidades de tipo rural o semirural, principalmente la maquila tradicional de confección de ropa.

Los puntos anteriores nos permiten observar que estamos en presencia de un proceso extendido y sostenido de desruralización del empleo en las localidades que, por su tamaño, serían usualmente definidas como rurales, aunque este proceso no debe de ser confundido con una plena desaparición del campesino, entendida como el ocaso de la economía familiar apoyada en la propiedad de pequeñas unidades productivas, el empleo de fuerza de trabajo familiar y la producción para el autoabasto. Lo que reflejan estas tendencias en la escala regional es una aguda disminución del empleo agrícola al lado de un proceso de reestructuración de la economía campesina que ha implicado una mayor tasa de empleo fuera de la unidad campesina familiar y una contracción del trabajo en los predios familiares (Muñoz, 2003).

RESULTADOS GENERALES DE LA ENCUESTA LOS HOGARES

A continuación se presentarán, primero, algunas de las características generales de los hogares de la muestra junto con sus referentes nacional y estatal ya que, cuando ello es posible, permite comparar la información obtenida en las comunidades con los perfiles semejantes en los contextos más amplios. Asimismo, tendremos en cuenta las informaciones presentadas anteriormente sobre los acontecimientos económicos que tuvieron lugar en el país, especialmente durante el último cuarto de siglo, así como los datos más específicos para la zona de estudio.

En los hogares seleccionados, el 77% es de jefatura masculina y el 23% de jefatura femenina. En el país, estos mismos valores son del 79 y del 21% respectivamente, de acuerdo con los datos censales del año 2000 (INEGI, 2000b).

De los hogares de la muestra, el 79% es de tipo “nuclear” y el 21% de tipo extenso. Estos valores, tanto para el estado de Querétaro como para la región, son del 73 y el 23%; para el país son del 67 y el 31%, respectivamente. Bajo la perspectiva del tipo de los hogares, la región se muestra en un proceso de transición más intenso que para el país como conjunto, pues se debe considerar que la muestra corresponde a comunidades pequeñas localizadas en un entorno rural.

Los hogares con 5 miembros y más son el 75% para la muestra, mientras que para el país son el 59%, y para el estado de Querétaro, el 63%. Bajo esta perspectiva, la muestra tiene hogares más grandes que en el contexto amplio del país, probablemente, por tratarse de un entorno muy definido por los acontecimientos de los últimos años que han facilitado la permanencia de los más jóvenes por más tiempo, así como

la aceptación a otros parientes distintos de los miembros inmediatos del grupo nuclear.

Los hogares de la muestra se integran de la siguiente manera.

Cuadro 1

Integrantes de los hogares de la muestra según la relación de parentesco

Miembros	Parentesco
756	Jefes/as
653	Cónyuges
3.111	Hijos
44	Hermanos
62	Padres o madres
292	Otros parientes
34	Sin parentesco
4.952	Total de miembros

Hay 6,5 miembros por hogar, de los cuales 4,1 miembros son hijos, y 0,5 son miembros emparentados con el jefe pero no hijos.

En los hogares, el 50,2% son hombres y el 49,8% son mujeres.

El 21% está jefaturado por mujeres, de manera semejante a lo que sucede en el resto del país.

La mayor parte de los jefes de los hogares son jóvenes adultos y adultos de 30 a 49 años de edad (57%), aunque aproximadamente una tercera parte son adultos maduros (29,6%). La edad promedio de los jefes es de 37,3 años (pueden consultarse algunos cuadros con informaciones específicas en el Anexo 1).

El 38% de los hogares se encuentra en la etapa inicial del ciclo familiar, es decir que todos los hijos son menores de 16 años. En el lado contrario, el 23% se encuentra en la etapa avanzada del ciclo (hijos mayores de 16 años). En 45 hogares (6%) no hay hijos. Son mayores los hogares constituidos con dependientes, aunque en casi una cuarta parte los hijos tienen más de 16 años.

ESCOLARIDAD

Desde el punto de vista educativo, la muestra es muy homogénea entre los jefes de los hogares, ya sean hombres o mujeres. Entre los jefes hombres, sólo un 33% terminó la primaria, pero hasta el 50% tiene muy baja escolaridad, pues o no fueron a la escuela o cursaron apenas algunos años; su escolaridad promedio es de apenas 4,2 años. En el caso de las mujeres que son jefas del hogar, su escolaridad es todavía un poco menor, con un promedio de 4,0 años. Además, un grupo mayor que el de los hombres (el 53%) o no fue a la escuela o apenas asistió por unos

cuantos años (cuadros 2, 3 y 4 en el Anexo 1). Estos datos aparecen muy bajos al compararlos no sólo con los del país, sino con los del estado de Querétaro. En el primer caso, la escolaridad promedio de los hombres es de 7,6 años y la de las mujeres de 7,1; para Querétaro es de 7,8 y 7,1 respectivamente (INEGI, 2000b).

Para todos los integrantes de la muestra, es decir, para todos los miembros de los hogares, el promedio de años de escolaridad es de 5,7, cifra que, aunque es mayor que la de los jefes solos, es todavía menor que la de las medias nacional y estatal mencionadas. En este último grupo, el 70% tiene primaria completa o menos, situación que nos permite ver el rezago educativo que todavía existe a pesar de incluir a los más jóvenes.

Es claro, por tanto, que aunque la escolaridad ha ido aumentando al poder integrar a los más jóvenes, los niveles son todavía muy bajos en estos pequeños pueblos de la región. Contrasta, además, con el hecho de ser una región de transición donde, como se verá, estos pequeños pueblos tienen ya una estructura ocupacional relativamente heterogénea.

Es cierto que, en una visión retrospectiva, al comparar a los diversos grupos de edad, encontramos que, mientras entre los jefes de hogar jóvenes (de 21 a 39 años) el 47% cursó la primaria completa y un 23% finalizó también la secundaria, entre los jefes de 40 a 59 años de edad, las cifras son del 26 y del 5%, respectivamente. El contraste es mayor entre los de 60 años y más, ya que en ese grupo sólo el 11% completó la primaria y ninguno concluyó la secundaria.

COMPARACIÓN ENTRE ESTA GENERACIÓN DE JEFES Y LA PREVIA

Sin embargo, las diferencias son más amplias cuando comparamos a los jefes de los hogares de esta generación con la de sus padres. En ese caso, el 70% de los padres de los jefes de los hogares (es decir, la generación previa) no estudió y sólo el 17% pasó del tercer año de primaria, situación que nos deja ver que la zona se encontraba muy rezagada en términos escolares desde hacía muchos años, a pesar de no ser una región aislada ni alejada de los centros de comunicación mayores.

Pero insistimos una vez más en que no debemos de olvidar que estamos ante una muestra de hogares de pueblos muy pequeños donde, además, sabemos por las entrevistas que la instalación de las escuelas en los pueblos fue relativamente tardía en comparación con otras zonas.

OCUPACIÓN

De los jefes de los hogares, el 97% tiene trabajo de tipo manual (albañiles, jardineros, obreros, trabajos en la agricultura, trabajos domésticos de limpieza, trabajos de artesanías, etcétera). Este dato reafirma el carácter proletario de las comunidades y nos aporta un rasgo muy claro de las mismas. Se trata de los pequeños pueblos que han albergado

mayormente a los integrantes de la clase trabajadora rural. Por ello, en el mismo sentido de la insistencia del párrafo previo, hay que recordar que en la muestra no se incluyeron las cabeceras municipales, por lo que los cambios observados en las trayectorias laborales no pueden reflejar aquellos otros aspectos de la dinámica socioeconómica regional que seguramente sí se revelan en el caso de las pequeñas ciudades de la zona.

La mitad de los jefes de los hogares trabaja en sus mismas comunidades y la otra mitad, en alguna otra localidad de la zona. Algo muy similar sucede entre los miembros de la siguiente generación, es decir, de sus hijos. En este sentido, la región se distingue de otras áreas rurales del país por la relativa integración ocupacional que existe en ese territorio que, por sus características orográficas (planicies) y de excelente comunicación, ha facilitado que las personas puedan desplazarse a sus trabajos sin tener que trasladar sus domicilios. Este es un dato que merece ser resaltado, ya que no se trata sólo de que haya habido mayor oferta y diversidad del empleo en la región, sino que, por la facilidad que permite la geografía junto con las comunicaciones actuales, ha sido posible que una mitad de los entrevistados pueda ir y venir a su trabajo diariamente, mientras que la otra mitad ni siquiera tenga que trasladarse a otra localidad para emplearse.

Sin embargo, por lo que se conoció a través de otro tipo de entrevistas directas, la zona fue en otros años expulsora de mano de obra, situación que también se puede constatar al considerar en la encuesta los datos de las historias laborales de las personas de más edad.

Anteriormente, la gente se trasladaba por temporadas, principalmente a la Ciudad de México, para trabajar. También hubo participación de un número importante de personas de las generaciones anteriores en la migración laboral a los EE.UU.

Actualmente, de los jefes de los hogares, sólo el 3% trabaja en la Ciudad de México o en los EE.UU.; en cambio, de sus hijos en edad de trabajar, el 9% se encuentra actualmente en este país. En términos relativos, si observamos el fenómeno laboral migratorio en una visión longitudinal, seguramente este ha descendido a partir de la existencia de una mayor oferta laboral en la región misma, aunque desde hace algunos años se perciba un cierto aumento, sobre todo en las migraciones a los EE.UU., que últimamente han estado afectando a los más jóvenes. Sin embargo, comparativamente con el resto de México, la migración actual a los EE.UU. es baja en las comunidades de la muestra.

La región es, en el presente, un lugar con arraigo de sus pobladores probablemente debido a los muchos cambios que han ocurrido en la región y que han promovido el empleo en la región misma.

CAMBIOS LABORALES

Para conocer la dinámica laboral, se ofrecerán algunos datos sobre las trayectorias de los jefes de los hogares a partir de informaciones sobre lo que acontecía en diversos momentos de sus vidas. Esto se hará de manera resumida para facilitar la exposición.

Cuando los jefes de los hogares tenían entre 5 y 12 años, el 68% colaboraba en las labores de la familia: el 53% en la agricultura, el 5% en otro tipo de actividad, el 10% en las tareas domésticas. Sólo el 13% trabajaba por salario.

La situación anterior se debía a que el 64% de los padres de los jefes de los hogares tenía un trabajo ligado a la agricultura, situación que contrasta con el presente y nos permite evaluar el alcance de las transformaciones de la estructura económica regional entre apenas una generación y la siguiente. Además, los datos del párrafo previo nos indican que una proporción importante de los actuales jefes de los hogares participó durante su infancia de los trabajos agrícolas de sus padres, sólo que, luego, muchos de ellos cambiaron de sector de actividad.

Al momento de la encuesta, apenas una quinta parte de los jefes de los hogares cultivaba la tierra, la mayoría en terrenos más bien pequeños, de 10 hectáreas o menos, como ejidatario, propietario o rentista; sólo unos cuantos tenían o usufructuaban un poco más de tierra (Cuadro 5 en el Anexo 1). Estos datos nos dan una clara idea sobre la profundidad de los cambios de esa pequeña región, pues, durante su infancia, más de la mitad de los jefes de los hogares colaboró en las labores agrícolas de sus padres, mientras que ahora son relativamente pocos quienes trabajan la tierra. Por otra parte, no sólo hay poco acceso a tierras de cultivo, sino que aquellos que tienen esa posibilidad acceden a terrenos muy pequeños que difícilmente podrían aportarles ingresos suficientes para subsistir.

Por otro lado, los cambios ocupacionales se aprecian también muy claramente al comparar las ocupaciones de los jefes de los hogares en los distintos grupos de edad. Ello nos permite observar el alcance de los cambios a través del tiempo. Tenemos así, por ejemplo, que mientras la mayor parte de los jefes de 60 y más años trabaja actualmente en el campo y unos pocos en la construcción, son muchos más los jefes de 40 a 59 años que trabajan en la construcción, y menos los de ese grupo de edad que trabajan en las actividades agrícolas. Además, los jefes de hogar de 21 a 39 años ya casi no trabajan en el campo y la mayor parte de ellos tiene ocupaciones novedosas para la región, como ser obreros o trabajar en oficios diversos o en actividades de los servicios. Estas diferencias nos ofrecen otra dimensión del alcance de los cambios regionales, como se observa en las siguientes informaciones.

Cuadro 2

Ocupación de los jefes hombres de los hogares según grupos de edad (en %)

	De 60 años y más	De 40 a 59 años	De 21 a 39 años
Campo	40,0	27,8	11,5
Construcción	8,5	27,0	29,0
Comercio	6,8	5,5	3,3
Obrero	0,8	4,6	12,8
Servicios	5,0	14,3	17,4
Otras principales	19,5	13,4	12,5
Total	80,6	92,6	86,5
Total absoluto = 547	118	328	101

Los datos anteriores se refieren a las diferencias entre los mismos jefes de los hogares hombres a partir de tres grupos de edad. Observamos cómo la dedicación al campo (como usufructuario, propietario, rentista o asalariado) baja desde el 40 al 11,5% pero, como veremos enseguida, la situación se percibe todavía mucho más cambiante al considerar el perfil ocupacional de los miembros que trabajan en la generación de los hijos e hijas de los actuales jefes de los hogares.

En esa generación, el perfil es el siguiente.

Cuadro 3

Principales ocupaciones de los hijos/hijas en (%)

Obreros	21,3
Construcción	17,3
Campo (jornal)	14,3
Empleados, secretarías, choferes y profesionistas	17,0
Servicios (diversos)	30,1
Total	100

En la generación de los hijos, no sólo hay una mayor proporción de obreros, sino que los ocupados en servicios diversos constituyen una cierta mayoría. Además, aparecen ya los empleados, los profesionistas, las secretarías y los choferes, es decir, aquellos que tienen un trabajo no manual y de cierta calificación.

Lo expuesto nos permite observar que los cambios laborales han sido efectivamente muy amplios, sobre todo entre las generaciones. Sin

embargo, no debemos obviar que todavía se aprecian con relativa importancia, entre los hijos, el trabajo en el jornal en el campo y los trabajos en la construcción, ya que ambas proporciones suman casi una tercera parte (31,6%); en este sentido, los datos reafirman que muchos de estos hijos mantienen todavía exactamente el mismo tipo de empleo que sus padres.

De todas formas, es muy claro que los cambios han sido muy extensos. En otras zonas del país, se han observado transformaciones semejantes, aunque en períodos previos y generalmente unidos a dinámicas migratorias de llegada a zonas urbanas. En cambio, en esta región parece que, al menos en estos pequeños pueblos, no se han dado flujos importantes de movilizaciones laborales temporales que nos podrían proyectar otros perfiles en las trayectorias ocupacionales, como ha sucedido en muchos de los entornos rurales del país, donde ha sido frecuente que sus residentes deban trabajar en las ciudades cercanas a sus zonas, ya se trate de la Ciudad de México, Guadalajara o Monterrey. En esta zona, los pobladores han estado cambiando laboralmente a pesar de encontrarse residiendo en las pequeñas comunidades de no más de 2.500 habitantes en un contexto rural. Esta es una peculiaridad que debe ser resaltada, pues refleja los procesos de una dinámica particular que se encuentra enmarcada en un conjunto de circunstancias que también se relacionan con las características de un territorio, ya que, seguramente, no habría ocurrido algo similar si se tratara, por ejemplo, de una región montañosa donde, por ciertas particularidades, se hubiera podido dar una situación de nuevas ofertas laborales como ha sucedido aquí.

INGRESOS DE LOS JEFES DE LOS HOGARES

Como complemento de la visión anterior sobre el empleo, pasemos ahora a examinar la situación de los ingresos monetarios principales.

Cuadro 4
Ingresos semanales del jefe/a de los hogares (en %)

Menos de \$ 400	27
De \$ 401 a \$ 799	42
De \$ 800 a \$ 999	14
\$ 1.000 y más	16

Nota: Total absoluto = 700.

Comparativamente con el resto del país, los jefes de los hogares de la muestra tienen ingresos promedio menores, juzgando sólo por el ingreso del jefe, ya que en el país, el 35% de la población ocupada gana tres salarios mínimos o más, mientras que sólo el 16 % de los jefes de los hogares recibe cantidades similares. Sin embargo, consideremos nuevamente que las comunidades de la muestra son en su mayor parte pequeñas y más directamente conectadas a un entorno rural, mientras que los datos nacionales se encuentran influenciados por el perfil urbano del país.

Pero de acuerdo con los niveles de pobreza establecidos por el Comité Técnico para la Medición de la Pobreza (2002), en México, el 75% de los hogares de la muestra se encontraría en los niveles de pobreza: el 54% en el nivel de mayor intensidad y el 21% en los niveles menos intensos. Sólo el 25% no sería considerado pobre¹.

Aunque en los hogares trabajan en promedio 1,8 miembros además del jefe, no todos colaboran con parte de sus ingresos en los gastos de los hogares. En estos, hay en total 1.347 personas que, aunque trabajan, no aportan ingresos a los hogares. Solamente 731 personas, o el equivalente del 54% de quienes trabajan, aportan ingresos. De estas, el 21% son cónyuges y el 70% son hijos o hijas. De estos últimos, son 327 hijos y 230 hijas.

De los hijos que aportan ingresos al hogar, el 37% tiene entre 16 y 20 años de edad y el 38% entre 21 y 29 años.

Las aportaciones van desde los \$ 2 a los \$ 3 mil semanales. El 76% de los hijos e hijas que aportan lo hace con cantidades menores a los \$ 200 por semana; en cambio, el 72% de los cónyuges aporta cantidades mayores a los \$ 205 por semana. En ese sentido, y como sería de esperarse, en general hay más apoyo económico de los cónyuges que de los hijos.

Sin embargo, debemos considerar que los datos sobre los ingresos no pueden ser completos ni exactos, ya que ese no era el objetivo principal de la encuesta; de todas formas, son informaciones con la suficiente solidez como para poder aportar una imagen clara del conjunto de las diferencias que existen entre los hogares.

Al analizar las diferencias entre ocupación e ingresos, aparece muy claro que los hogares se distinguen más por aspectos relacionados con la edad de sus integrantes, comenzando por la de los jefes mismos del hogar, que por variables de otra índole, como podría ser la escolaridad.

1 El nivel 1, necesario para adquirir la Canasta Básica de Alimentos, determina en el sector rural la cantidad de \$ 15,43 diarios por persona para tal fin. En el nivel 2, para satisfacer necesidades de alimentación, salud, vestido, vivienda, transporte y educación, el monto es de \$ 18,90 por persona. En el nivel 3, para cubrir los requerimientos anteriores más los otros bienes y servicios "indispensables", la cantidad es de \$ 28,10 por persona por día.

dad o las posibilidades de acceso a las tierras de cultivo. En este sentido, debemos tener en cuenta que la mayor parte de los habitantes ha seguido trayectorias de vida muy semejantes entre sí y que ello les ha conferido una relativa igualdad, al menos en los pequeños poblados de la zona.

Casi todos los padres de los jefes de los hogares, es decir, los pertenecientes a la generación anterior, trabajaban en actividades relacionadas con el campo. Lo mismo sucedió con los actuales jefes de los hogares cuando, siendo niños, debieron trabajar o ayudar en sus casas. Se ha tratado de historias muy parejas y muy semejantes entre sí.

Ciertamente, quienes son hijos de ejidatarios y quienes, a su vez, han recibido las tierras para continuar con esas labores tienden a diferenciarse un poco del resto. Como tendencia, se distinguen ahora por tener menor ingreso que los demás pero, sobre todo, por ser un grupo con mayor proporción de adultos maduros y pocos jóvenes.

Como se observaba anteriormente, a mayor edad existen más personas en los trabajos del campo quienes, además, poseen menor escolaridad y menores ingresos. Esta es una característica recurrente en el análisis de los datos.

Para finalizar, veamos ahora cómo los rangos de ingreso llevan también alguna concordancia con los grupos de edad.

Cuadro 5
Ingresos según grupo de edad del jefe de hogar (%)

Grupo de edad	Ingresos semanales de hasta \$ 590	Ingresos semanales de hasta \$ 999	Ingresos semanales de más de \$ 1.000
60 años y más	82	11	7
40 a 59 años	50	37	13
21 a 39 años *	42	32	16

* En el grupo de 21 a 39 años no se tuvo respuesta en el 10%.

Puede observarse que, en términos relativos, se da una cierta asociación (no estadística) entre la edad y los ingresos y que, también en términos relativos, a mayor juventud hay una cierta mayor proporción con mejores ingresos. Es notoriamente clara la diferencia entre los mayores de 60 años y los jóvenes de 21 a 39 años, pero también se reflejan ciertas diferencias, aunque menores, entre este grupo de edad y el intermedio de 40 a 59 años.

En general, las ocupaciones que tienden a tener ingresos más bajos son las actividades agrícolas, las artesanías, el servicio doméstico y el comercio. Las ocupaciones que, en la región, suelen gozar de mejores ingresos son los oficios, las actividades de la construcción y los servicios

diversos. La ocupación que empuja los ingresos hacia el medio en la región es la de obrero.

INTERRELACIÓN ENTRE EDAD, OCUPACIÓN E INGRESOS

Las observaciones anteriores son importantes sobre todo si consideramos que los jefes de los hogares de la muestra ofrecen un perfil contundente como trabajadores manuales. Esta es la característica que prevalece a lo largo de las trayectorias laborales, a pesar de los cambios que han tenido lugar en la región. Además, si seguimos sus historias laborales, debemos considerar que casi todos ellos proceden de hogares donde el padre se dedicaba al campo. Hemos observado también que, en su mayoría, los jefes de los hogares encuestados proceden de hogares cuyos jefes tenían niveles de escolaridad nulos o muy bajos. Asimismo, hemos visto que las diferencias de edad son el punto que establecen algunas desigualdades más claras, pues implican también mejoras en la escolaridad y acceso a trabajos más variados. En un buen sentido, podemos expresar que a mayor juventud hay una ocupación distinta e ingresos mejores

LAS MIGRACIONES LABORALES

Recordemos que, en general en México, ha sido común que quienes viven en las zonas rurales hayan estado conectados, de alguna manera, con experiencias migratorias, ya sea porque los jefes de los hogares, como protagonistas ellos mismos, deban salir de sus localidades o regiones para trabajar en otros lugares durante la semana, o bien porque realicen salidas frecuentes, aunque temporales, a veces con estancias muy largas como sucede ahora con quienes se marchan a trabajar a los EE.UU.; o también porque si, por diversas razones, ellos mismos no lo hacen, sus hijos e hijas deban hacerlo en cualquiera de las formas más usuales mencionadas antes. Por ello, a continuación, se ofrecen algunas informaciones que nos permiten formarnos una idea no sólo acerca de la extensión del fenómeno en los hogares, sino de la probable intensidad del mismo a partir de la recurrencia a la migración.

Dadas las características del país, así como las regionales, por la cercanía con la ciudad de Querétaro y Ciudad de México, considerábamos que habría una gran presencia de migraciones hacia esos dos lugares y, como es frecuente ahora en otras zonas del centro, también a los EE.UU. Esto es algo que también comentaban a veces algunos informantes clave de la región antes de la aplicación del cuestionario. Por ello y como se afirmaba más arriba, fue necesario prever que ese instrumento pudiera captar adecuadamente los diversos aspectos de los movimientos migratorios que podrían estar ocurriendo en los pueblos encuestados.

De todos los miembros de los hogares de 16 años y más (3.348), sólo 431 personas (13%) han ido *una vez* a trabajar a los EE.UU. durante más de un mes, y apenas el 5,2% ha hecho ese viaje dos veces. Esta información nos deja ver que, comparativamente con otras zonas de México, las migraciones hacia ese país son de baja intensidad, aun si consideramos las migraciones de los hijos mencionadas más arriba.

En cuanto a las migraciones laborales hacia las ciudades de México y Querétaro, la encuesta revela que, de los mayores de 16 años, sólo el 5,7% ha trabajado en el Distrito Federal por más de un mes en dos ocasiones, situación que también deja ver como de baja incidencia a ese tipo de movilizaciones laborales. Por lo que respecta a las movilizaciones laborales por un mes o más a la ciudad de Querétaro, apenas el 9% de los jefes de los hogares y muy pocos de los miembros de los hogares que no son jefes de los mismos han ido al menos una vez.

Como se aprecia en estas informaciones, las migraciones, tanto a la Ciudad de México como a algún otro lugar, también han tenido baja presencia en los hogares; sobre todo, es más baja aún la recurrencia. Pero tampoco hay que olvidar que el cuestionario no podía captar a quienes, siendo oriundos de la zona, viven ahora en otros lugares del país, ya sea la Ciudad de México o la de Querétaro. Si hubo o no migraciones definitivas a esos lugares no lo podemos saber con exactitud y sólo tenemos referencias indirectas a partir de informantes clave y de comentarios sueltos de algunos encuestados que nos refirieron tener parientes viviendo en esas ciudades, por lo que sólo podríamos decir que hay indicios de que hubo cierta emigración de la zona, aunque creemos que no ha sido de importancia.

Sin embargo, como se expresaba al inicio de la investigación, pensábamos que los distintos tipos de migraciones laborales (a los EE.UU. y a la Ciudad de México, principalmente) tendrían una presencia mucho mayor entre los pobladores de la región; los datos ahora no parecen sustentar esas impresiones.

¿PROBLEMAS PARA CONSEGUIR TRABAJO ALGUNAVEZ?

Sí, el 44%. ¿En qué año o años? Casi su totalidad (37%) mencionó 1994 y 1995. Es claramente una cifra alta, sobre todo para un período tan corto y definido. Aquí sí influyó la crisis de esos años, como había aparecido en las entrevistas previas realizadas en varias de las comunidades.

Manifiestan haber tenido este problema en ese período, sobre todo los jefes de los hogares que trabajan en la construcción, situación que parece guardar lógica con lo que sabemos que sucedió, ya que el tipo de crisis de esos años golpeó fuertemente, no sólo a quienes tenían préstamos hipotecarios, sino que las características de la misma impidieron que hubiera financiamiento en la construcción y el desarrollo

inmobiliario, que son actividades importantes en la región debido a la existencia de fraccionamientos urbanos para casas de descanso de fin de semana, particularmente en la pequeña ciudad de Tequisquiapan. Era lógico, por tanto, que quienes construían las casas vieran mermada la demanda y se encontraran repentinamente sin trabajo. Recordemos también que, para el conjunto del país, el PIB global cayó en 1995 al -6,2% con respecto al año previo, pero el PIB referido a la construcción se fue hasta el -23,5% con relación al año anterior.

CONCLUSIONES

Quisiera iniciar esta sección final del trabajo insistiendo una vez más en la cualidad y limitación del mismo al estar circunscripto no sólo a una región específica, sino a las informaciones de sus habitantes rurales. En primer lugar, llama la atención que, a diferencia de otras zonas también rurales, sus habitantes hayan podido cambiar de las actividades agrícolas de sus padres a otras, primero en la construcción y luego a varias más, unas conectadas con la manufactura y otras con servicios diversos, sin tener que abandonar su residencia habitual en los pequeños pueblos de la zona. A pesar de que no contamos con datos comparativos similares para otros contextos, las pocas informaciones que existen sugieren que, por lo general, los habitantes rurales deben insertarse en los circuitos de trabajo orientados a los EE.UU. o bien a otros nacionales conectados con las grandes ciudades del país. Esto, por lo general, se realiza bajo la modalidad de los viajes semanales de ida y vuelta entre campo y ciudad o a partir de largas estadías que mantienen al jefe del hogar o a varios de sus miembros separados entre sí por períodos muy amplios, incluso durante varios años. Otra variante frecuente ha sido la de la emigración definitiva de familias completas. En este sentido, la dinámica laboral de la zona de estudio parece haber favorecido un relativo mayor arraigo de sus habitantes, no obstante que sus bajos ingresos no parecerían ser un estímulo suficiente, al menos desde el punto de vista estrictamente económico. Sin embargo, los resultados de investigación que aquí se ofrecen nos ayudan a reflexionar sobre los alcances que un cierto tipo de desarrollo ha tenido en la conformación de un mercado laboral que ha logrado mantenerse en la zona a pesar de la mediocridad de los logros.

En el sentido del párrafo anterior, vale la pena tratar de evaluar, aunque sea muy someramente, los alcances de esos cambios económicos que tuvieron lugar en las ciudades de Querétaro y de San Juan del Río. Anteriormente, se mencionaba que los municipios de la zona de estudio sobresalían entre aquellos del país con mayor población relativa en las actividades de manufactura y de servicios, pero, ¿qué significa esto en el contexto queretano y del país? En primer lugar, se debe mencionar que el PIB de Querétaro es muy pequeño, el 1,7% del nacional, mientras, por

ejemplo, el de Guanajuato, estado vecino con varias ciudades medianas y una grande, es del 3,5%, es decir, el doble; sin embargo, se trata de dos entidades con grandes diferencias en población. Mientras Querétaro sólo tiene 1.404.306 habitantes, en el estado de Guanajuato habitan 4.663.032 personas (INEGI, 2000b). Por ello, si consideramos el PIB por habitante, la situación favorece al estado de Querétaro, ya que ahí es de \$ 18.883 por habitante, mientras en el estado de Guanajuato llega a \$ 12.160, de acuerdo con las cifras del año 2003. Por otra parte, en Jalisco, donde habitan más de 6 millones de habitantes, el PIB por persona es de \$ 15.130, todavía un poco inferior al queretano (cifras del INEGI para 2000 y 2003). En este sentido, diríamos que, comparativamente con otros estados del país, Querétaro sobresale un poco más del resto pero, ¿qué importancia económica tienen San Juan del Río y los municipios de la zona de estudio frente a la zona conurbada de la ciudad de Querétaro? En las actividades de servicios, que es una de las principales, los cuatro municipios llegan a la cuarta parte del valor total de la entidad (27%). En la actividad manufacturera y comercial, por otra parte, la capital estatal representa el 81% del valor total, mientras los cuatro municipios de la zona de estudio apenas alcanzan el 16%. En realidad, en la entidad queretana, la concentración de las actividades económicas no agrícolas tiene lugar en su capital y es poco, relativamente hablando, lo que pasa fuera de allí.

Las cifras anteriores pueden darnos una cierta idea sobre los limitados alcances del valor económico de dos de las actividades importantes de la zona de estudio frente a la dinámica de la ciudad capital, así como lo que podrían significar en comparación con otras entidades del país que han mostrado ciertos avances. Por ello, podríamos afirmar que las nuevas ofertas de trabajo que han podido ser satisfechas con la fuerza de trabajo de las comunidades de la zona son el reflejo de un dinamismo económico modesto que ha tenido lugar alrededor de las pequeñas ciudades secundarias, principalmente de San Juan del Río y Tequisquiapan.

Ha quedado claro, por otra parte, que los cambios se han dado a pesar de los relativos bajos niveles escolares de los lugareños pueblerinos aunque, en buena medida, es por ello mismo que casi todos los jefes de los hogares continúan realizando trabajos manuales a pesar de los cambios en las actividades laborales. Por otro lado, es cierto que se perciben ya trasposos laborales relativamente importantes de las actividades manuales a las no manuales entre los hijos de los entrevistados, es decir, entre los integrantes de la siguiente generación aunque, como observamos también, una tercera parte de ellos conserva todavía las mismas ocupaciones que sus padres.

En suma, esta sería la visión sobre la dinámica laboral del proletariado rural de la zona de estudio. Se trata, como se mencionaba antes, de una trayectoria modesta que ha ocurrido en el marco temporal de un

país azotado por crisis económicas diversas y continuas, pero también en un contexto territorial que, con limitaciones, se ha visto favorecido por ciertos procesos económicos que permitieron la ampliación de la oferta laboral no agrícola en un territorio donde, en otros años, se había experimentado un gran impulso agropecuario. Sin embargo, aquella relativa bonanza agropecuaria que significó una también relativa estabilidad laboral y productiva fue, a pesar de todo, muy limitada para los habitantes rurales, no sólo porque sus ingresos eran muy bajos, sino porque los raquíticos servicios educativos y sanitarios se habían volcado a las zonas urbanas dejando desprotegidas las rurales. Finalmente, el resultado ha sido el observado ahora entre la población rural encuestada: han quedado con un rezago educativo de más de tres años en relación con la media nacional.

Sin embargo, en una visión optimista hacia el futuro, quizás en la medida en que el actual retraso educativo logre llegar a superarse, probablemente ayudará a que los nietos de los actuales jefes de hogar puedan conseguir trabajos mejor remunerados en la región misma. Esta posibilidad quizá no será remota, sobre todo porque se vislumbra un rápido proceso de conurbación entre la ciudad de Querétaro y la de San Juan del Río a partir de una mayor expansión de las industrias, así como por la construcción del aeropuerto internacional de Querétaro en los municipios intermedios entre la zona de estudio y la capital. Esos procesos, indudablemente, ampliarán más la oferta laboral regional que podrá favorecer a la clase trabajadora rural, sobre todo si, para ese futuro no lejano, habrán llegado al acceso de mejores niveles de escolaridad.

BIBLIOGRAFÍA

- Appendini, Kirsten; Bartra, Armando y Carton de Grammont, Hubert 1995 *El impacto social de las políticas de ajuste en el campo mexicano* (México DF: Plaza y Valdés/Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales).
- Balán, Jorge; Browning, Harley y Jelín, Elizabeth 1973 *Men in a developing society: geographic and social mobility in Monterrey, Mexico* (Austin: Institute of Latin American Studies, University of Texas).
- Chávez Galindo, Ana María 1999 *La nueva dinámica de la migración interna en México de 1970 a 1990* (Cuernavaca: Universidad Nacional Autónoma de México/CRIM).
- Comité Técnico para la Medición de la Pobreza 2002 *Medición de la pobreza. Variantes metodológicas y estimación preliminar* (México DF: SEDESOL).

- De Oliveira, Orlandina; Muñoz, Humberto y Stern, Claudio 1977 *Migración y desigualdad social en la Ciudad de México* (México DF: El Colegio de México).
- Durand, Jorge y Massey, Douglas S. 2003 *Clandestinos: migración México-Estados Unidos en los albores del siglo XXI* (Zacatecas: Universidad Autónoma de Zacatecas).
- Garza Villarreal, Gustavo 1980 *Industrialización de las principales ciudades de México: hacia una estrategia espacio-sectorial de descentralización industrial* (México DF: El Colegio de México).
- Hernández-León, Rubén y Zúñiga, Víctor (eds.) 2005 *New destinations: Mexican immigration in the United States* (Nueva York: Russell Sage Foundation).
- INEGI-Instituto Nacional de Estadísticas Geografía e Informática 1970 *Censo de población y vivienda* (México DF). En <inegi.gob.mx>.
- INEGI-Instituto Nacional de Estadísticas Geografía e Informática 1980 *Censo de población y vivienda* (México DF). En <inegi.gob.mx>.
- INEGI-Instituto Nacional de Estadísticas Geografía e Informática 1990 *Censo de población y vivienda* (México DF). En <inegi.gob.mx>.
- INEGI-Instituto Nacional de Estadísticas Geografía e Informática 1993-2003 *Banco de Información Económica* (México DF). En <www.inegi.gob.mx>.
- INEGI-Instituto Nacional de Estadísticas Geografía e Informática 2000a *Regiones socioeconómicas* (México DF). En <www.inegi.gob.mx>.
- INEGI-Instituto Nacional de Estadísticas Geografía e Informática 2000b *Censo de población y vivienda* (México DF). En <inegi.gob.mx>.
- Muñoz, Christian 2003 “Construcción de capital social en comunidades campesinas: visión del contexto regional” en *Cuadernos de Investigación del CES* (México DF: El Colegio de México).
- Verduzco Igartúa, Gustavo 1992 *Una ciudad agrícola: Zamora* (México DF: El Colegio de México/El Colegio de Michoacán).
- Verduzco Igartúa, Gustavo 2003 “La geografía del espacio rural y las migraciones a Estados Unidos” en Negrete, Salas; Levi, María Eugenia Silvana y Page, John (coords.) *Entre fenómenos físicos y humanos* (México DF: El Colegio de México).

ANEXO 1

Cuadro 1

Edad de los jefes de hogar (hombres y mujeres)

Edad de los jefes	Abs.	%
16 a 20	6	0,8
21 a 29	95	12,6
30 a 39	209	27,6
40 a 49	222	29,4
50 a 59	106	14,0
60 y más	118	15,6
Total	756	100

Cuadro 2

Escolaridad de los jefes hombres

Escolaridad de los jefes hombres	Abs.	%
Sin escolaridad	129	22,2
Primaria incompleta	161	27,8
Primaria completa	189	32,6
De 7 a 9 años	81	14,0
Más de 10 años	20	3,4
Total	580	100

Cuadro 3

Escolaridad de las jefas mujeres

Escolaridad de las jefas mujeres	Abs.	%
Sin escolaridad	47	26,7
Primaria incompleta	47	26,7
Primaria completa	58	33,0
De 7 a 9 años	19	10,8
Más de 10 años	5	2,8
Total	176	100

Cuadro 4

Escolaridad de todos los integrantes de la muestra

Escolaridad	Abs.	%
Sin escolaridad	952	19,2
Primaria incompleta	1.108	22,4
Primaria completa	1.423	28,7
de 7 a 9 años	1.125	22,7
Más de 10 años	319	6,4
Total	4.927	99,4
No aplica	25	0,6
Total	4.952	100

Cuadro 5

Acceso a tierras de cultivo por parte del jefe (en %)

Sin acceso	79,0
Hasta 3 ha	6,8
De 3,5 a 5 ha	6,1
De 6 a 10 ha	7,1
De 11 a 15	0,8
16 y más ha	0,2
Total absoluto = 756	100

ANEXO 2*

Cuadro 1

Estado de Querétaro. Evolución de la población total, la población económicamente activa y la población ocupada por sexo, 1970, 1990 y 2000

Querétaro	1970	1990	2000	TCMA 1970-1990	TCMA 1990-2000
Población	485.523	1.051.235	1.404.306	3,9	2,9
Hombres	243.193	516.168	680.966	3,8	2,8
Mujeres	242.330	535.067	723.340	4,0	3,1
Pob. 12 años y +	289.815	692.601	982.878	4,4	3,6
Hombres	143.798	335.624	468.106	4,3	3,4
Mujeres	146.017	356.977	514.772	4,5	3,7
PEA	127.216	298.222	485.917	4,3	5,0
Hombres	105.795	225.088	320.459	3,8	3,6
Mujeres	21.421	73.134	165.458	6,3	8,5
PO	120.934	288.994	479.980	4,4	5,2
Hombres	101.815	217.442	315.951	3,8	3,8
Mujeres	19.119	71.552	164.029	6,8	8,7

Fuente: INEGI (1970; 1990; 2000b).

Cuadro 2

Estado de Querétaro. Estructura del empleo por sectores, 1970, 1990 y 2000

Querétaro	1970	%	1990	%	2000	%	TCMA 1970-1990	TCMA 1990-2000
Población ocupada	128.084	100,0	288.994	100,0	479.980	100,0	3,2	5,2
Agricultura y ganadería	61.549	48,1	51.771	17,9	41.479	8,6	-0,7	-2,2
Minería y petróleo	3.385	2,6	2.004	0,7	1.890	0,4	-2,0	-0,6
Industria manufacturera	16.316	12,7	73.315	25,4	125.175	26,1	6,0	5,5
Construcción	7.750	6,1	30.925	10,7	48.433	10,1	5,5	4,6
Electricidad y agua	368	0,3	1.518	0,5	1.776	0,4	5,7	1,6
Comercio	8.709	6,8	34.041	11,8	73.176	15,2	5,4	8,0
Transporte	2.231	1,7	10.171	3,5	20.774	4,3	6,1	7,4
Servicios	15.147	11,8	67.153	23,2	131.891	27,5	5,9	7,0
Gobierno	3.643	2,8	9.373	3,2	18.680	3,9	3,7	7,1

Fuente: INEGI (1970; 1990; 2000b).

* Cuadros elaborados por Christian Muñoz para el proyecto de investigación.

Cuadro 3

Región de estudio. Estructura del empleo por sectores, 1970, 1990 y 2000

Región	1970	%	1990	%	2000	%	TCMA 1970-1990	TCMA 1990-2000
Población ocupada	29.565	100,0	63.247	100,0	106.104	100,0	3,0	5,3
Agricultura y ganadería	15.163	51,3	10.543	16,7	9.243	8,7	-1,4	-1,3
Minería y petróleo	1.024	3,5	631	1,0	514	0,5	-1,9	-2,0
Industria manufacturera	3.289	11,1	20.095	31,8	37.498	35,3	7,3	6,4
Construcción	2.427	8,2	8.490	13,4	11.483	10,8	5,0	3,1
Electricidad y agua	68	0,2	379	0,6	442	0,4	6,9	1,5
Comercio	1.696	5,7	6.136	9,7	14.449	13,6	5,1	8,9
Transporte	512	1,7	1.940	3,1	4.154	3,9	5,3	7,9
Servicios	2.469	8,4	11.716	18,5	22.673	21,4	6,2	6,8
Gobierno	814	2,8	1.251	2,0	1.938	1,8	1,7	4,5

Fuente: INEGI (1970; 1990; 2000b).

Cuadro 4
Estado de Querétaro, región de estudio y municipios. Distribución de la ocupación por rama, sexo y municipio, 1990 y 2000 (en %)

Municipio	Población ocupada	Agricultura		Minería		Manufactura		Construcción		Electricidad y agua		Comercio		Transporte		Servicios		Gobierno	
		1990	2000	1990	2000	1990	2000	1990	2000	1990	2000	1990	2000	1990	2000	1990	2000	1990	2000
Sexo																			
Querétaro	100	17,9	8,6	0,7	0,4	25,4	26,1	10,7	10,1	0,5	0,4	11,8	15,2	3,5	4,3	23,2	27,5	3,2	3,9
Hombres	100	22,8	12,1	0,9	0,6	25,9	26,5	13,9	14,8	0,6	0,5	10,3	12,8	4,3	6,2	15,7	19,6	3,0	3,7
Mujeres	100	3,1	2,0	0,1	0,0	23,8	25,3	1,0	0,9	0,3	0,2	16,1	20,0	1,1	0,8	46,1	42,6	3,9	4,2
Región	100	16,7	8,7	1,0	0,5	31,8	35,3	13,4	10,8	0,6	0,4	9,7	13,6	3,1	3,9	18,5	21,4	2,0	2,7
Hombres	100	21,2	12,4	1,3	0,7	28,6	31,9	17,5	16,2	0,7	0,5	9,0	11,5	3,8	5,8	12,9	15,8	2,0	2,8
Mujeres	100	2,7	1,7	0,1	0,1	41,4	41,9	0,8	0,6	0,3	0,2	11,9	17,7	0,8	0,4	35,8	31,9	1,9	2,5
Cadereyta	100	24,1	17,9	3,9	2,1	18,9	23,8	22,6	19,3	0,9	0,4	5,9	10,9	1,7	2,8	12,8	16,2	1,2	2,7
Hombres	100	29,3	23,7	4,7	3,0	13,8	17,7	28,1	27,6	1,0	0,4	5,8	8,7	2,1	4,0	6,9	9,0	1,1	2,2
Mujeres	100	4,2	5,0	0,5	0,3	38,5	37,3	1,7	0,7	0,5	0,2	5,9	15,7	0,4	0,2	35,8	32,2	1,5	3,9
E. Montes	100	26,2	15,0	0,6	0,6	24,0	25,5	13,9	13,1	0,8	0,6	13,0	18,1	2,0	2,7	15,8	19,5	1,3	2,3
Hombres	100	31,9	20,8	0,8	0,9	21,0	19,8	18,1	19,4	0,9	0,8	12,7	16,9	2,4	4,1	9,4	13,3	0,9	1,7
Mujeres	100	8,1	4,0	0,1	0,1	33,5	36,4	0,4	1,2	0,4	0,2	13,8	20,5	0,5	0,0	36,5	31,4	2,6	3,3
San Juan del Río	100	13,6	6,0	0,4	0,2	36,2	38,9	10,0	8,3	0,5	0,4	10,6	13,9	3,9	4,5	19,9	22,4	2,5	2,9
Hombres	100	18,0	8,8	0,5	0,3	33,1	36,3	13,3	12,4	0,6	0,6	9,8	11,8	4,8	6,7	14,9	17,5	2,7	3,2
Mujeres	100	1,1	0,7	0,0	0,0	44,9	43,8	0,6	0,5	0,2	0,2	12,6	17,7	1,1	0,5	34,1	31,4	2,0	2,3
Tequisquiapan	100	14,9	9,1	0,6	0,3	33,4	35,1	15,5	13,3	0,5	0,3	8,9	12,1	2,2	3,2	20,8	22,2	1,2	2,2
Hombres	100	18,2	12,8	0,7	0,5	32,8	32,2	20,1	19,8	0,6	0,4	7,5	9,3	2,8	4,7	14,4	16,0	1,2	2,3
Mujeres	100	4,2	2,1	0,0	0,0	35,4	40,8	0,9	0,6	0,2	0,2	13,3	17,5	0,3	0,2	41,4	34,1	1,3	2,0

Fuente: INEGI (1990; 2000b).

Cuadro 5

Estado de Querétaro. Tasas específicas de ocupación por sexo, 1970, 1990 y 2000 (en %)

Grupo etario	1970			1990			2000		
	Total	Hombres	Mujeres	Total	Hombres	Mujeres	Total	Hombres	Mujeres
12-14	16,3	23,7	8,4	6,9	9,5	4,4	6,5	8,4	4,7
15-19	42,1	64,6	19,4	35,6	48,4	23,4	38,3	46,0	31,2
20-24	50,9	83,7	19,9	53,5	77,8	32,0	58,2	76,7	42,2
25-29	50,6	88,6	14,6	57,1	89,2	27,9	63,7	89,0	41,5
30-34	52,1	90,2	13,4	57,8	91,8	25,7	64,4	91,6	40,8
35-39	51,3	90,6	13,2	56,9	91,4	23,5	65,4	91,9	41,3
40-44	51,6	89,4	14,0	55,2	90,1	21,1	64,3	90,8	39,6
45-49	51,7	88,9	14,0	51,7	87,5	16,8	60,7	88,1	34,7
50-54	49,4	88,4	13,3	47,0	82,8	13,1	55,2	82,9	28,8
55 y +	43,6	76,2	12,4	31,7	59,3	7,1	32,7	54,3	13,6
Total	43,9	73,6	14,7	43,1	67,1	20,5	49,4	68,5	32,1

Fuente: INEGI (1970; 1990; 2000b).

Cuadro 6

Región de estudio. Tasas específicas de ocupación por sexo, 1970, 1990 y 2000

Grupo etario	1970			1990			2000		
	Total	Hombres	Mujeres	Total	Hombres	Mujeres	Total	Hombres	Mujeres
12-14	17,8	27,0	7,8	7,8	10,5	5,1	8,0	9,9	6,0
15-19	43,1	69,1	16,3	41,8	53,8	30,4	45,9	52,3	39,9
20-24	49,8	85,7	14,5	55,4	80,4	33,7	61,5	81,0	45,6
25-29	50,2	88,9	12,5	54,9	88,3	24,4	62,4	90,1	39,3
30-34	50,7	89,1	10,6	55,0	90,0	21,6	62,8	91,9	38,1
35-39	49,4	90,1	10,5	53,3	89,6	18,4	63,6	91,6	37,8
40-44	50,9	89,3	11,3	51,3	87,2	16,1	61,8	90,1	35,7
45-49	49,4	88,5	11,5	49,2	85,5	13,1	56,8	86,2	29,3
50-54	49,2	87,1	12,1	44,8	80,5	10,1	52,3	81,2	23,9
55 y +	43,8	77,1	11,7	30,4	57,8	5,9	31,2	52,8	12,2
Total	43,6	74,8	12,2	42,9	67,1	20,2	49,9	69,6	32,3

Fuente: INEGI (1970; 1990; 2000b).